Las ofrendas regulares y las sistemáticas

EL ASUNTO DE dar ofrendas no ha de ser dejado al impulso. Dios nos ha dada instrucciones concretas al respecto. Él ha especificado que los diezmos y las ofrendas son la medida de nuestra obligación. Y desea que demos en forma regular y sistemática. Pablo escribió a la iglesia de Corinto: "En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas" (1 Corintios 16: 1,2). Cada uno examine regularmente sus entradas, todas las cuales son bendiciones recibidas de Dios, y aparte el diezmo como un fondo separado, destinándolo como algo consagrado al Señor. Este fondo en ningún caso debe ser dedicado a otro uso; ha de ser dedicado solamente a sostener el ministerio del evangelio. Después que se ha puesto aparte el diezmo, adjudíquense los dones y ofrendas "según haya prosperado"» (*Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática*, cap. 5, p. 120).

«Las ofrendas de los niñitos pueden ser aceptables y agradables a Dios. Según el espíritu que motiva los dones será el valor de las ofrendas. Los pobres, al seguir la norma del apóstol y colocar una pequeña suma cada semana, ayudan a acrecentar la tesorería, y sus dones son enteramente aceptables a Dios; porque están haciendo sacrificios tan grandes o aun mayores que sus hermanos más pudientes. El plan de benevolencia sistemática ha demostrado ser una salvaguardia para toda familia contra la tentación de gastar recursos en cosas innecesarias, y resulta una bendición para los ricos al protegerlos de caer en extravagancias» (*Ibíd.*, pp. 120, 121).

«Se deberían mantener fluyendo constantemente las pequeñas y grandes corrientes de beneficencia. La providencia de Dios va muy por delante de nosotros, avanzando mucho más rápidamente que nuestras liberalidades. El camino del progreso y de la edificación de la causa de Dios está bloqueado por el egoísmo, el orgullo, la codicia, la extravagancia y el amor a la ostentación. A toda la iglesia se le ha encomendado la solemne responsabilidad de hacer progresar todo ramo de la obra. Si sus miembros siguen a Cristo, se negarán a ceder ante las inclinaciones de la ostentación, el amor al vestido, el deseo de viviendas elegantes y muebles costosos. Se debe cultivar una humildad mucho mayor, una diferenciación más notable con el mundo, entre los adventistas del séptimo día; de lo contrario Dios no nos aceptará, a pesar de la posición que ocupemos o del carácter de la obra que realicemos. La economía y la abnegación les proporcionarán a muchos que viven en circunstancias moderadas los medios necesarios para realizar obras de benevolencia. Todos tenemos el deber de aprender de Cristo, a caminar humildemente por el sendero abnegado que recorrió la Majestad del cielo. Toda la vida cristiana debería caracterizarse por un renunciamiento tal que nos disponga a responder cada vez que se hace un llamamiento en demanda de ayuda» (*Ibíd.*, pp. 121, 122).

Pr. Danforth Francis

Recursos Escuela Sabática ©